

perfectos y los que comienzan, sino tambien los muy antiguos y perfectos; y no solo los que han pecado, sino tambien los que no han ofendido á Dios; los unos para alcanzar la virtud, los otros para conservar-la. El que camina en una bestia, por buena y mansa que sea, lleva freno y espuelas, porque al fin es bestia.

En aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor: "El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz (1);" añade el evangelista San Lucas: "El que quisiere venir en pos de mí, lleve su cruz cada día y sígame (2)." No se os ha de pasar día ninguno en que no quebranteis vuestra voluntad en alguna cosa; y si se os pasare, dice San Juan Climaco (3), tenedlo por grande detrimento; tened por perdido aquel día y pensad que en él no habeis sido religioso, como decia el otro emperador romano el día que no habia hecho mercedes: "Perdido habemos este día, hoy no habemos reinado, hoy no habemos sido reyes ni emperadores, porque no habemos hecho mercedes á nadie (4)." Pues mas propio es del religioso mortificarse y negar su voluntad, que de los reyes y emperadores hacer mercedes; porque eso es ser religioso, hacer lo que no quereis y dejar de hacer lo que quereis.

Buen ejemplo nos dejó en esto, como en todo lo demas, nuestro P. S. Francisco de Borja, el cual decia (5) que sin duda le seria á él amarga y desabrida la comida el día que no castigase su cuerpo con alguna buena penitencia ó mortificacion; y añadía que viviria desconsolado, si supiera que la muerte le habia de tomar en día que

(1) Si quis vult post me venire abneget semetipsum, et tollat crucem suam.
(2) Et tollat crucem suam quotidie. Luc. IX, 13.
(3) Clem. c. 4.
(4) Amici, diem perdidit. Suetonius, c. 8, in Tito, lib. 4, cap. 5. de la vida del P. S. Francisco de Borja.

no hubiese hecho alguna penitencia y mortificado sus sentidos. De manera, que no se le pasaba día en que no se mortificase, y pedia y suplicaba al Señor que le hiciese esta merced, que los regalos le fuesen tormento y cruz, y los trabajos regalo, que es el tercero y mas perfecto grado de mortificacion; y asi decia (1) que no le regalasen hasta que alcanzase esto de nuestro Señor. Siempre andaba en perpétua vela, haciendo guerra á su cuerpo siempre hallaba en qué le mortificar y maltratar; y llamaba amigos suyos todas las cosas que le ayudaban á afligirle; si el sol le fatigaba caminando en el estío, decia, "oh, cómo nos ayuda bien el amigo!" y lo mismo decia del hielo y del aire y de la lluvia en el rigor del invierno, y del dolor de la gota y del mal de corazon, y de los que le perseguian y murmuraban, á todos los llamaba amigos, porque le ayudaban á vencer y sujetar su cuerpo, al cual tenia él por capital enemigo. Y no se contentaba con las mortificaciones y trabajos que se le ofrecian, sino que andaba á buscar nuevas invenciones para mortificarse. Algunas veces ponía arena y chinillas en los zapatos para que andando le lastimasen los pies: en el estío se iba muy despacio por el sol, y en el invierno por la nieve y hielo, y traía pelados los aladares de arrancarse los cabellos; cuando no podia tomar disciplina, con pellizcos y con otros artificios atormentaba su carne; y en las mismas enfermedades buscaba maneras para añadir dolores á dolores, y penas á penas; porque las purgas, por amargas que fuesen, las bebia á sorbos como si fueran una escudilla de sustancia: las pildoras amargas las mascaba y deshacia entre los dientes y las traía en la boca muy despacio, y de esta manera mortificaba y atormentaba sus sentidos y crucificaba

(1) Cap. XXII.

su carne, y asi vino á llegar á la perfeccion y santidad que llegó.

CAPITULO XIX.

De dos medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificacion, que son la gracia del Señor y su santo amor.

Resta que tratemos de algunos medios que nos ayuden á que este ejercicio de mortificacion, que tan necesario nos es, se nos haga, no solo fácil y llevadero, sino suave y gustoso. El primero y principal medio para esto ha de ser la gracia del Señor, con la cual todo se hace fácil y ligero. Estaba el Apóstol San Pablo muy fatigado con una tentacion, y pedia á Dios con instancia que se la quitase (1). Y respondióle el Señor: "Bástate mi gracia (2)." Con la gracia de Dios se sintió tan esforzado, que dice: "En Dios todo lo puedo. No yo, sino la gracia de Dios conmigo (3)." No nos deja el Señor solos en este trabajo de la mortificacion; él nos ayuda á llevar la carga. Y por eso se llama yugo su ley, porque le llevan dos: Cristo se une con nosotros para llevarle; ¿quién desmayará con tal compañía y favor? No os parezca dificultoso, pues lo menos de ello habeis de hacer vos. Por esto, aunque le llama (4) yugo, dice que es suave; y aunque le llama carga, dice que es liviana, porque aunque considerada nuestra naturaleza y pocas fuerzas sea pesado, y eso denota el nombre de yugo y de carga; pero con la gracia de Dios, es fácil y suave porque nos lo alivia el mismo Señor, como lo promete por el Profeta

(1) Propter quod ter Dominum rogavi, ut diceret a me. II. ad Cor. XII, 8.
(2) Sufficit tibi gratia mea. II. ad Cor. XII, 9.
(3) Omnia possum in eo, qui me confortat. Ad Philip. IV, 13.—Non ego autem, sed gratia Dei mecum. I. ad Cor. XV, 10.
(4) Jugum enim meum suave est, et onus meum leve. Matth. XI, 30.

Oseas: "Yo les seré como quien levanta el yugo y le quita de encima de sus mejillas (1)." Y por eso Isaias dice: "Se pudrirá el yugo unguido con el óleo (2)." Parece la mortificacion yugo y carga pesada, pero es tanto el favor y gracia de Dios, significada por el óleo, que se pudrirá el yugo y se ablandará de manera que no se os asiente, ni aun le sintais.

San Bernardo, en el sermon primero de la Dedicacion de la iglesia, dice: Asi como cuando consagran las iglesias, se usa aquella ceremonia que ungen las cruces con óleo santo, asi hace Dios nuestro Señor en las ánimas de los religiosos; porque con la uncion espiritual de su gracia, va ungiendo y ablandando en ellos las cruces de la penitencia y mortificacion para que se les hagan fáciles y suaves; y asi, muchos huyen de este santo ejercicio, porque ven la cruz y no ven la uncion; pero vosotros, que lo habeis experimentado (dice á los religiosos), sabeis muy bien (3), que nuestra cruz está unguida, y que con esa uncion, no solo es fácil y ligera (4), sino lo que á los del mundo parece amargo y desabrido se nos hace á nosotros, con la gracia de Dios, muy dulce y sabroso. Y asi decia San Agustin, que no habia entendido el lenguaje de la castidad, ni le parecía que habia hombre que la guardase, hasta que entendió la fuerza de la gracia; con la cual podemos muy bien decir aquello de San Juan: "No son pesados ni dificultosos los Mandamientos de Dios y del Evangelio (5)," porque la abundancia de gracia que dá el Señor para hacer lo que manda, los hace fáciles y suaves. San Gregorio, sobre aque-

(1) Et ero eis quasi exaltans jugum super maxillas eorum. Osee XI, 4.
(2) Computrescet jugum a facie olei. Isai. X, 17.
(3) Ecco seltis quia vero crux nostra inuncta est. Sed, ut ita dicam, amaritudo nostra dulcissima.
(4) Et mandata ejus gravia non sunt. I. Joann. V, 3.

llo de Isaias: "Los que esperan en el Señor, mudarán la fortaleza (1);" pone dos maneras de fortaleza; una de los justos, para padecer y mortificarse mucho por Dios; otra de los malos, para padecer grandes trabajos por el mundo y por sustentar la honra y hacienda, y cumplir sus apetitos y deseos. Y dice (2) que los que confían en la gracia del Señor, mudarán esta fortaleza en aquella de los justos.

Lo segundo que nos hará fácil y suave este ejercicio de la mortificación, es el amor de Dios. No hay cosa mas eficaz, ni que mas fácil y suave haga cualquier trabajo, como el amor. Dice San Agustin: "El que ama, no trabaja;" *qui amat non laborat*, porque el amor le hace no sentir el trabajo. "Todo trabajo á los que no ainan es pesado. Solo el amor es el que se avergüenza del nombre de dificultad (3)." No son pesados los trabajos de los que aman, antes deleitan; como á los que pescan, montean y cazan, no les es pesado aquel trabajo; antes lo toman por recreacion, por el amor y aficion con que lo hacen. ¿Quién hace á la madre no sentir los trabajos continuos de la crianza del niño, sino el amor? ¿Quién hace á la muger curar de noche y de dia, sin cesar, al marido enfermo, sino el amor? ¿Quién hace hasta á las bestias y aves andar tan solícitas en la crianza de sus hijos, y ayunar lo que ellos comen, y trabajar porque ellos descansan, y atreverse á defenderlos con tan gran corage, sino el amor? ¿Quién hizo que le pareciesen á Jacob breves y fáciles los trabajos de siete y de catorce años al sol y

(1) Qui sperant in Domino mutabunt fortitudinem Isai. XL, 31.
(2) Greg. lib. 7 Mor. cap. 8.
(3) Omnis labor non amantibus gravis est: solus amor est, qui nomen difficultatis erubescit. Aug. in Manuali et tract. de laudib. charitatis, et lib. de bono viduitatis circa finem, et serm. 9 de verbis Domini, et serm. 48 de tempore.

á la helada por Raquel, sino el amor (4). Sobre aquello de la Esposa: "manojito de mirra es mi amado para mí (2);" dice el glorioso San Bernardo: "No dijo manojito de mirra es mi amado para mí, sino manojito, porque todo trabajo le parece muy pequeño y ligero por el amor grande que tiene á su amado (3)." Y nota tambien, que no dijo absolutamente manojito de mirra es mi amado, sino añade *para mí*: al que ama, hácesele manojito pequeño; si á vos se os hace manojito grande y pesado, es porque no amais; falta de amor es: y asi, eso tomad por señal, si teneis poco ó mucho amor de Dios. Que no son grandes los trabajos de la virtud, sino que es pequeño nuestro amor y por eso se nos hacen grandes: amad vos mucho, y no solo no sentireis trabajo sino sabor, pues "donde hay amor no hay trabajo, sino sabor (4)." Una santa decia que despues que fué llamada y herida del amor de Dios, no habia mas sabido qué cosa era padecer de dentro, ni de fuera, ni del mundo, ni del demonio, ni de la carne, ni de otra cosa alguna, porque el puro amor no sabe qué cosa es pena ó tormento. De manera, que el amor, fuera de que sube todas las obras de quilates y las hace de grande perfeccion, da juntamente grande ánimo y fortaleza para acometer cualquier trabajo y mortificación; lo hace todo fácil, ligero y sabroso. Y asi declara San Crisóstomo aquello del Apóstol: "Plenitud de la ley es el amor (5);" diciendo que no solamente quiere decir que toda la Ley y todos los Manda-

(1) Videbantur illi pauci dies prae amoris magnitudine. Gen. XXIX, 20.
(2) Fasciculus myrrae dilectus meus mihi. Cantic. I, 12.
(3) Propterea non fascem, sed fasciculum dilectum dicit, quod leve prae amore ipsius ducat, quidquid laboris imminuat, et doloris. Bernard. serm. 43 super Cantica.
(4) Ubi autem amor est, labor non est, sed sapor. Bernard. serm. 85 super Cant.
(5) Plenitudo legis est dilectio. Ad Rom. XIII, 10.

mientos están encerrados en esa breve palabra *amor*, sino que ese amor nos hace tambien muy fácil la guarda de toda la Ley y de todos los Mandamientos de Dios (1).

Confírmase esto bien con aquello del Sábio: "El amor es fuerte como la muerte (2)." Dos esplicaciones, entre otras, dan los Santos á estas palabras, que hacen á nuestro propósito. San Gregorio (3) da una que San Agustin (4) tiene por la mejor. Sabeis, dice, ¿qué quiere decir que el amor es fuerte como la muerte? Que asi como la muerte aparta el ánima del cuerpo, asi el amor de Dios aparta el ánima de las cosas corporales y sensibles; y asi como la muerte aparta el hombre del trato de todas las cosas del mundo, asi el amor de Dios, apoderado de nuestro espíritu, le fortalece de tal manera, que le aparta del trato y conversacion del mundo y de la aficion que tiene á la carne y á todas las cosas sensuales. Esto es ser el amor fuerte como la muerte; porque asi como la muerte mata el cuerpo, asi el amor de Dios mata y apaga en nosotros la aficion de todas las cosas corporales y sensuales: hace que muera el hombre al mundo y al amor propio y viva á Cristo nuestro Señor solamente, y que pueda decir con San Pablo: "Vivo yo, ya no yo, Cristo es el que vive en mí (5)." Otra esplicacion muy buena dá San Agustin sobre aquellas palabras: "Poned vuestros corazones en su fortaleza (6)." Dice (7) que el amor de Dios es fuerte como la muerte; porque asi como á la muerte,

(1) Crisost. hom. super Epist. ad Rom.
(2) Fortis est ut mors dilectio. Cantic. VIII, 6.
(3) Greg. Hom. 11 super Evang.
(4) Aug. Epist. 20 ad Hieronimum.
(5) Vivo autem, iam non ego, vivit vero in me Christus. Ad Galat. II, 20.
(6) Ponite corda vestra in virtute ejus. Psalm. XLVII, 14.
(7) Aug. ubi sup.

cuando viene, no se le puede resistir con ningunas medicinas, ni artificios, ni aprovecha ser obispo, ni rey, ni Papa, ni emperador, todo lo atropella la muerte, nada se le pone delante; asi cuando uno está prendado de veras del amor de Dios, nada se le pone por delante: no le pueden apartar de él cuantas cosas hay en el mundo, ni las honras, ni las riquezas, ni las prosperidades, ni las adversidades; sino, véalo cada uno por sí por la merced que el Señor le ha hecho; con una centella de amor suyo que él os dió, no se os puso delante para dejar el camino de la perfeccion y religion que tomasteis, ni los padres y parientes, ni cuanto habia en el mundo, sino todo lo atropellasteis y tuvisteis en poco en comparacion de lo que teneis. Pues amemos mucho á Dios, y no se nos pondrá nada delante, antes diremos con el Apóstol: "¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿habrá tribulacion, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo que esto pueda? Ciertamente estoy, dice, que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni fuerza, ni alteza, ni profundidad, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios (4)."

CAPITULO XX.

De otro medio que nos facilitará y hará gustoso el ejercicio de la mortificación, que es la esperanza del galardón.

El tercer medio que nos hará fácil y suave este ejercicio de mortificación, es la gran-

(1) Quis ergo nos separabit a charitate Christi? tribulatio, an angustia, an fames, an nuditas, an periculum, an persecutio, an gladius? Certus sum, quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare a charitate Dei, quae est in Christo Jesu Domino nostro. Ad Rom. VIII, 13.

deza del galardón que esperamos. Con esta esperanza se animaba y consolaba el Santo Job en medio de sus muchas y grandes adversidades, diciendo: "¿Quién me diese que se escribiesen las palabras que quiero decir, para que quedasen en perpétua memoria á los por venir!" y va añadiendo para mas perpetuidad: "¿quién me diese que se imprimiesen en un libro, ó con un punzon ó buril de hierro se grabasen en una plancha de plomo, ó con un cincel se esculpiesen y cabasen en una losa de guijarro (1)." ¿Para qué quereis, Santo Job, tanta perpetuidad en vuestras palabras? Para que el consuelo que yo tengo con ellas en mis trabajos, ese tengan todos los nacidos y por nacer en los suyos. Y ¿qué palabras son estas? "Sé por revelación de mi Dios que mi Redentor vive (habla del Hijo de Dios y de lo futuro, como si fuese pasado ó presente, por la certidumbre grande de ello); y pues él resucitó y vive, sé que tambien en el día postrero del mundo tengo de resucitar de la tierra y polvos que estuviere hecho, y que otra vez me tengo de rodear de mi pellejo, y que en mi carne veré á Dios, que es el premio de los que le sirven, al cual yo mismo y mis ojos han de ver y gozar, que no otro: yo, el mismo que ahora padezco, tengo de resucitar y gozar de Dios: puesta y guardada tengo esta esperanza en mi seno (2);" y de allí, como de tesoro, saco alivio y riquezas de consuelo en mis trabajos. Con esto animó Dios á Abraham, porque diciendo él: «yo Señor, he dejado mi tierra y parentela, porque vos me

(1) Quis mihi tribuat, ut scribantur sermones mei? quis mihi det, ut exarentur in libro stylo ferreo, et plumbi lamina, vel celte sculptantur in silice? Job. XIX, 23.
 (2) Scio enim quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum, et rursus circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius. Reposita est haec spes mea in sinu meo. Job. XI, 25.

lo mandasteis, ¿qué premio me habeis de dar? Le respondió: "Tu galardón será muy grande y muy aventajado (1)." Con esto, dice San Pablo, que se animó Moisés á dejar la honra y escojer el menosprecio: "Moisés siendo grande, creciendo en la fé y en la esperanza, no tuvo en nada ser hijo de la hija del rey Faraon, que le habia adoptado por hijo; todo eso menospreció, y quiso mas ser abatido y perseguido por amor de Dios que todos los tesoros y riquezas de Egipto; porque tenia ojo al galardón y premio que esperaba (2)." Con esto se animaba tambien el Profeta David á cumplir la Ley y Mandamientos de Dios, cuando decia: "Inclinaré mi corazón á guardar eternamente tus Mandamientos por el galardón (3)." Dice San Agustin: «Dreis por ventura:» gran trabajo es andarnos siempre mortificando y quebrantando nuestra voluntad; pero mirad al premio y galardón que os han de dar por eso, y vereis cómo todo es muy poco en su comparacion: la esperanza del premio disminuye la fuerza del trabajo (4); y asi, dice, lo vemos acá en los trabajos de los mercaderes, labradores y soldados. Pues si la braveza y fuerza de la mar y sus temerosas ondas no desmayan á los marineros y negociantes, ni las lluvias y tempestades á los labradores, ni las heridas y muertes á los soldados, ni los golpes y caidas á los luchadores, cuando ponen los ojos en las esperanzas humanas de lo que por esto pretenden:

(1) Gen. XV, 1.
 (2) Fide Moyses grandis factus, negavit se esse filium filiae Pharaonis, magis eligens affligi cum populo Dei, quam temporalis peccati habere jucunditatem, majores divitias aestimans thesauro Egyptiorum improprium Christi: aspiciebat enim in remunerationem. Ad Hebr. XI, 24.
 (3) Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum, propter retributionem. Ps. CXVIII, 112.
 (4) Dices forsitan: grandis labor; sed respice quod promissum est, omne opus leve fieri solet, cum ejus pretium cogitatur, et spes praemii solatium est laboris. Aug. Epist. CXLIII ad Demetriadem Virginem.

quien espera el reino de los cielos ¿cómo se espantará del trabajo y mortificacion que pide la virtud? Dice el Apóstol San Pablo: "Si ellos por un premio y galardón corruptible y de poca dura se ponen á tantos trabajos, ¿qué es razon que hagamos nosotros por un premio y galardón tan grande y que ha de durar para siempre jamás (1)?" que no es nada lo que hacemos, para lo que esperamos recibir por ello: no es nada lo que nos piden para lo que nos dan, de valde nos lo dan. No se puede juzgar si una cosa es cara ó barata por lo que os piden, sino mirando juntamente la cosa que se vende; sino, pregunto yo, ¿es mucho cien ducados por una cosa? como ella fuere; tal puede ser, que aun en cincuenta maravedís sea cara, y tal, que en mil ducados sea de valde; si es una muy rica piedra preciosa, ó si os dan una ciudad en mil ducados, es de valde. Asi, si quereis ver si es mucho ó poco lo que os pide Dios, mirad lo que comprais, mirad el premio que por ello os dan: á Dios os dan (2). ¿Eso me dan? de valde me lo dan, no me piden nada por ello en pedirme que niegue mi voluntad y me mortifique: por nada me lo dan (3). Los que no teneis plata, daos prisa, comprad y comed. Venid, comprad sin plata y sin otro algun precio vino y leche. Venid, corred y daos prisa á gozar del barato (4).

Este medio encomienda tambien mucho San Basilio: «Acordaos siempre del premio y gloria grande que os espera, para que con eso os animeis al trabajo y á la virtud (5).» El bienaventurado San Antonio

(1) Et illi quidem ut corruptibilem coronam acciperent, nos autem incorruptam. I. ad Cor. IX, 25.
 (2) Ego ero merces tua.
 (3) Pro nihilo salvos facies illos. Psalm. LV, 8.
 (4) Qui non habetis argentum properate, emite, et comedite, venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum, et lac. Isai. LV, 8.
 (5) Semper cor tuum promissa coelestia meditate, ut ipsa te ad virtutis viam provocent. Basil. in admonitione da filium spiritualem.

Abad con esto animaba á sus discipulos á perseverar en el continuo rigor de la Religion; y admirado de la liberalidad grande de Dios, paraba y decia: en esta vida los tratos y contratos de los hombres son iguales de ambas partes, porque tanto dá uno como recibe, tanto vale lo que se vende como el precio que dan por ello; pero la promesa de la vida y gloria eterna compra-se con muy bajo precio, porque escrito está: "La vida del hombre comunmente es como sesenta años, ó cuando mucho gobierno y regalo tenga uno, ochenta; y lo que de ahí pasa, es dolor, trabajo y enfermedad (1)." Pues cuando vivamos ochenta años, ó ciento y mas sirviendo á Dios, no nos darán por ellos otros tantos años de gloria; sino por esos años nos darán que reinemos para siempre en la gloria, mientras Dios fuere Dios, por todos los siglos de los siglos (2). «Por tanto, hijos míos, decia el Santo (3), no os espante ni se os ponga delante el trabajo de esta vida, porque lo que aqui podemos padecer no tiene que ver con el galardón y premio que esperamos. Por un trabajo de un momento, nos dan un peso grande de gloria que ha de durar para siempre jamás.» San Bernardo trae una comparacion muy buena á este propósito. No hay sembrador tan tonto que le parezca muy largo el tiempo en el cual siembra, aunque gaste muchos dias en sembrar, porque sabe que cuanto mas durare el tiempo de la sementera, tanto mayor será la cosecha. Pues de

(1) Dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni, si autem in potentatibus octoginta anni, et amplius eorum labor, et dolor. Psalm. LXXXIX, 10.
 (2) In aeternum, et ultra. Exod. XV, 18.
 (3) Ergo filii, non vos aut taedium defatiget, aut vanae gloriae delectet ambitio, non enim sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis (Ad Rom. VIII, 18). — Id enim quod in praesenti est momentaneum, et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis (II. Ad Cor. IV, 17).

la misma manera, dice, no nos ha de parecer á nosotros mucho ni muy largo el trabajo de esta vida, porque es tiempo de sembrera, y mientras mas sembráremos y trabajáremos, mas abundante y copioso fruto cogéremos. Y añade el Santo: «Considerad, que un poco de mas semilla que sembréis, se viene despues á aumentar y multiplicar mucho (1).» Cuando el labrador vé al agosto que de una hanega de trigo que sembró coge veinte ó treinta, quisiera haber sembrado mucho mas.

CAPITULO XXI.

En que se confirma con algunos ejemplos lo dicho en el capítulo pasado.

Cuéntase (2) de uno de aquellos Padres antiguos que trabajaba mucho y hacia grandes penitencias y mortificaciones. Decíanle sus compañeros y discípulos que cesase ya y moderase los trabajos y mortificaciones, pues eran tan grandes. Respondió él: «Creedme, hijos, que si el lugar y estado que tienen los bienaventurados en el cielo, fuera capaz de pena y dolor, que le tuvieran muy grande por no haber padecido en esta vida mayores trabajos y mortificaciones, viendo el grande premio y galardón que les dieran por ello y cuánto se pudieran haber aventajado en la gloria á tan poca costa.» Concuérda con esto lo que San Buenaventura dice: «Tanta gloria perdemos por nuestra negligencia cada hora, si la gastamos ociosamente, cuantas buenas obras pudiéramos en ella hacer (3).»

(1) Et certe modicum seminis incrementum, non modicae messis multiplicatio est. S. Bernard. Epist. 341 ad Mon. Eccles. Sancti Vertini.

(2) Lib. de los Hechos de los Santos Padres.

(3) Tantam enim gloriam omni hora negligimus, quanta bona interim facere possemus, si otioso eam transigimus. Bonav. opuscul. de profectu Religios. l. 1, c. 32.

Semejante es á esto lo que se cuenta de la santa virgen Matilde (1), que como fuese muy á menudo visitada de Cristo nuestro Redentor su Esposo, al cual se habia dedicado toda, conociendo de él cosas maravillosas, oyó una voz, entre otras, que le decían los Santos: «¡Oh! ¡qué dichosos y bienaventurados sois vosotros, los que todavía vivís en la tierra, por lo mucho que podeis merecer!» Porque si el hombre supiese cuánto puede cada dia merecer, luego al punto que se levantase, se llenaria su corazón de grande gozo y contento, porque amaneció aquel dia en el cual puede vivir á Dios nuestro Señor, y con su gracia, para honra y gloria del mismo Dios, aumentar su merecimiento; y aquello le daría fortaleza y vigor para hacer y padecer todas las cosas con grandísima alegría.

En el Prado Espiritual que compuso Juan Evirato, ó segun otros San Sofronio, patriarca de Jerusalem, y fué aprobado en el segundo Concilio Niceno, se cuenta que un monge tenia su celda lejos del agua como doce millas; y una vez de las que fué por agua, desfalleció en el camino muy cansado: viéndose, pues, tan fatigado, dijo entre sí: «¿qué necesidad hay de que yo pase tanto trabajo? yo me quiero ir á morar junto al agua, y hacer allí mi celda.» Otra vez, yendo por agua con su cántaro, iba echando sus trazas dónde estaria bien la celda, y cómo la edificaría, y la vida que en ella habia de vivir. En esto oyó tras de sí una voz como de hombre que decia: uno, dos, tres, etc. Volvió la cabeza admirado de que en aquella soledad hubiese quien midiese ó contase alguna distancia ú otra cosa, y no vió á nadie: volvió á continuar su camino, y á pensar en su traza, y vuelve á oír la misma voz que decia: uno, dos, tres, etc. Él

(1) Blos. et refert Tilmani Bredembachius, lib. 8 collationum, c. 30.

volvió segunda vez la cabeza, y tampoco vió nada: á la tercera vez acaccióle lo mismo, y volviendo la cabeza, vió un mancebo muy hermoso y resplandeciente que le dijo: «No te turbes, que yo soy el ángel de Dios y vengo contándote los pasos que das en este camino, para que ninguno de ellos quede sin premio y galardón.» Y en diciendo esto, desapareció. El monge, viendo esto, volvió en sí y dijo: «¿Pues cómo tan sin juicio soy yo que quiera perder tanto bien y tanta ganancia?» Determinóse luego de mudar su celda aun mas lejos de lo que la tenia, para así tener mas trabajo y cansancio.

Cuéntase en las vidas de los Padres (1), de un monge viejo que vivia en la Tebaida, el cual tenia un discípulo que habia probado bien. Acostumbraba el santo viejo hacerle todas las noches una exhortacion, y despues de haber tenido oracion, enviábale á acostar. Aconteció que un dia vinieron á visitar al monge algunos seglares, movidos con la fama de su mucha abstinencia; y habiéndose despedido ya tarde, púsose á hacer su exhortacion como solia, y fué tan larga, que el sueño le cargó y se durmió el santo viejo: el buen discípulo aguardaba que despertase para que hicieran oracion, y le enviara; pero como no despertase, comenzaronle á fatigar pensamientos de impaciencia que le instaban se fuese á dormir; resistió una vez, acudieron otras y otras hasta siete veces, y á todas resistió con grande constancia. Siendo, pues, ya la media noche, despertó el santo viejo, y hallándole sentado donde le habia dejado, cuando comenzó la plática, dijole: «¿por qué, hijo, no me despertaste?» Respondió que por no darle pena; rezaron sus maitines, y acabados, echóle su bendicion y envióle á dormir. Y poniéndose el viejo en

(1) In vitis Patrum, p. 3, fol. 237.

oracion, fué arrebatado en espíritu, y mostróle un ángel un lugar muy hermoso y glorioso y una silla resplandeciente en él, y encima de la silla siete coronas riquísimas. Preguntóle el viejo: «¿de quién son estas coronas?» Respondió: «de tu discípulo, y el lugar y asiento que el Señor le ha dado, es por la vida que hace; y estas coronas anoche las mereció.» Venida la mañana, preguntó el monge al discípulo ¿qué le habia pasado la noche cuando le guardó sueño? Y el buen discípulo contóle todo lo que habia pasado, y cómo habia resistido siete veces á los pensamientos de que no le aguardase, por donde conoció el viejo haber ganado por aquello las siete coronas.

Del bienaventurado San Francisco se cuenta (1) que encontrándole una vez su hermano carnal en medio del invierno, desahogado y casi desnudo, y muerto y tiritando de frio, le envió á decir por burla y escarnio, si le queria vender una gota de sudor. Respondió el Santo con mucha alegría: «Decid á mi hermano que ya lo tengo todo vendido á mi Dios y Señor, y por muy grande precio.» Otra vez, despues de algunos años, como fuese fatigado de muy graves y continuos dolores, y fuera de eso de nuevas y molestas tentaciones del demonio, y tanto que ya no parecia que habia fuerzas humanas que lo pudiesen llevar, oyó una voz del cielo que le dijo se alegrase, porque por aquellos trabajos y tribulaciones habia de alcanzar en el cielo un tesoro tan grande, que aunque toda la tierra se convirtiese en oro, y todas las piedras en margaritas, perlas preciosísimas, y todas las aguas en bálsamo, no tenia comparacion ninguna con el premio y galardón que por ello le habian de dar. Con lo cual se alivió y recreó tanto el Santo, que ya

(1) l. p. lib. 1, c. 51, de la Crónica de San Francisco.

no sentia los dolores; y haciendo llamar luego á sus religiosos, con grande gozo les contó el consuelo que Dios le habia enviado del cielo.

CAPITULO XXII.

De otro medio que nos ayudará y hará facil el ejercicio de la mortificacion, que es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor.

El cuarto medio que nos animará y ayudará mucho á este ejercicio de la mortificacion, es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro. Y así el Apóstol San Pablo nos lo pone delante para animarnos á esto: "Armados de paciencia corramos al combate que nos aguarda, mirando á Jesucristo, Autor y Consumador de la Fé, el cual, poniendo ante sus ojos el gozo de nuestra redencion, sufrió la Cruz y no hizo caso de la confusion y abatimiento del mundo. Pensad una y otra vez en aquel que contra si mismo sufrió tal contradiccion de los pecadores, para que no os fatigéis, desfalleciendo en vuestros corazones; que aun no habeis resistido, ni peleado contra el pecado hasta derramar sangre (1)" como él la derramó por vos. Cuenta la Sagrada Escritura (2), que cuando los hijos de Israel andaban por el desierto y encontraron con aquellas aguas de Mará, que eran tan amargas que no las podian beber, hizo Moisés oracion á Dios y mostróle un madero, el cual echado sobre las aguas, las hizo dulces y sabrosas. Por este madero, dicen los Santos que es significado el madero de la

(1) Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen, aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem confusione contempta... Recogitate eum, qui talem sustinuit a peccatoribus adversus semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini, animis vestris deficientes. Nondum enim usque ad sanguinem resististis adversus peccatum repugnantes. Ad Hebr. XII, 1, 2, 3 et 4.
(2) Exod. XV, 23.

Cruz. Cuando se os hiciere amargo y pesado el trabajo de la mortificacion, echad ahí este Sagrado Madero, acordaos de la Cruz y Pasion de Cristo, de sus azotes y espinas, de aquella hiel y vinagre que le dieron por refrigerio, y luego se os hará dulce y sabroso.

En las Crónicas de la orden de San Francisco se lee (1) que entró en la orden un hombre muy rico, honrado y criado en regalos, y luego que el tentador vió la mudanza de su vida, le acometió, representándole la aspereza de la orden, porque como en lugar de los manjares, vestidos y cama blanda que en el mundo usaba, halló habas, túnica gruesa, paja por cama, estrecha pobreza en lugar de riquezas, sentíalo mucho; y como el demonio le representase la dureza de estas cosas, apretábase con que las dejase y se volviese al siglo. Llegó á términos la tentacion que determinó salirse de la orden. Y estando en esta resolucion, pasó por el capitulo, y puesto de rodillas delante de la Imagen del Señor crucificado, se encomendó en su misericordia; y quedando fuera de sí, fué elevado en espíritu, y aparecióle nuestro Señor y su gloriosa Madre, y preguntóle que por qué se iba. El con mucha reverencia respondió: "Señor, yo me crié en el mundo en mucho regalo, y así no puedo sufrir la aspereza de esta Religion, especialmente en el comer y vestir." El Señor, levantando el brazo derecho, mostróle la llaga de su Costado, corriendo sangre, y dijole: "estíende el brazo, y pón aqui tu mano, y úntala con la sangre de mi Costado, y cuando te viniere á la memoria algun rigor ó aspereza, mójala con esta sangre, y todo, por dificultoso que sea, se te hará fácil y suave." Y haciendo el novicio lo que el

(1) 2, p. lib. 4, c. 10 de la Crónica de S. Francisco.

Señor le mandó, á cualquiera tentacion que le venia, traía á su memoria la Pasion de Cristo, y luego se le convertia todo en gran suavidad y dulzura. ¿Qué cosa puede parecer áspera á un hombrecillo y vil gusano, mirando á Dios coronado de espinas y enclavado en una Cruz por su amor? ¿Qué no sufrirá y padecerá por sus pecados el que vé padecer tanto, por los agenos, al Señor de la Magestad?

Este medio del ejemplo de Cristo nuestro Redentor y deseo de imitarle usaban mucho los Santos; porque, fuera de ser muy eficaz para animarnos á mortificar y padecer, es un medio de gran perfeccion, y que hace subir mucho de quilates las obras, porque nacen de grande amor de Dios. Y así leemos de nuestro bienaventurado P. San Ignacio (1), que al principio de su conversion hacia grandes mortificaciones y penitencias, teniendo ojo á sus pecados y á satisfacer por ellos; pero despues iba subiendo mas, y afligia su cuerpo con asperezas y castigos, no tanto mirando á sus pecados, quanto al ejemplo de Cristo y de los Santos. Miraban los Santos que Cristo nuestro Señor habia ido por este camino y habia abrazado los trabajos y la Cruz con tanto amor y deseo que no veia ya la hora en que habia de dar su sangre y vida por nosotros. Y como los elefantes se esfuerzan en la batalla cuando ven sangre, así ellos venian con esto á tener una grande sed de padecer martirios y derramar sangre por aquel que primero derramó la suya por ellos, y como no se les cumplia este deseo, encruelcianse contra si mismos, y hacian de si verdugos contra si, y martirizaban sus cuerpos afligiéndolos con penitencias y trabajos, y mortificando y quebrantando sus volunta-

(1) Lib. 1, c. 3, de la vida de N. S. P. Ignacio.

des y apetitos, y de esta manera descansaban algun tanto, porque se les cumplia en algo su deseo, imitando en cuanto podian á Cristo nuestro Redentor. Esto es lo que dice el Apóstol San Pablo: "Andámonos siempre mortificando y maltratando para que la vida de Jesucristo se manifieste en nuestros cuerpos (1)." Ha de ser tal el tratamiento y mortificacion de nuestros cuerpos, que represente la vida de Jesucristo y se parezca á ella. Dice San Bernardo: "No conviene, ni dice bien, que estando la cabeza llena de espinas, los miembros se hagan delicados y regalados (2), sino que se mortifiquen y crucifiquen su carne para conformarse con su cabeza."

Muchos otros medios podiamos traer para esto; porque todos los que los Santos dan, y todas las razones que traen para exhortarnos á hacer penitencia, pueden servir para animarnos á este ejercicio de mortificacion. Sobre aquellas palabras del Apóstol: "No son condignos los trabajos de esta vida á la gloria futura que se nos revelará (3)," dice el glorioso San Bernardo: "no igualan ni tienen que ver las pasiones y tribulaciones de este siglo, ni con la gloria que esperamos, ni con la pena que tememos, ni con los pecados que habemos cometido, ni con los beneficios que habemos recibido de Dios." Cualquiera de estas cosas bien ponderada bastará para animarnos mucho á este ejercicio.

CAPITULO XXIII.

De tres grados de mortificacion.

Por conclusion y remate de este trata-

(1) Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu, manifestetur in corporibus nostris. I. ad Cor. IV, 10.
(2) Non decet sub capite spinoso, membrum esse delicatum. Bernard.
(3) Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis. Ad Rom. VIII, 18.